

LA LIDIA



2ª EPOCA
ARTE · LITERATURA · SPORT
ADM^{ON} ARENAL 27, LITOG^A

NÚMERO CORRIENTE
20 CÉNTIMOS

LA LIDIA

NÚMERO ATRASADO
30 CÉNTIMOS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID..... Trimestre 2'50 Pts.
PROVINCIAS Y PORTUGAL " 3 "
EXTRANJERO..... Año..... 15 "

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

EDITOR PROPIETARIO
JULIÁN PALACIOS
ARENAL, 27, LITOGRAFÍA.—MADRID

PRECIO PARA LA VENTA

Mano de 25 ejemplares.. 3'75 Ptas.

El pago de los paquetes lo verificarán por adelantado los corresponsales que no tengan referencias en la Administración.

Ningún anuncio reúne circunstancias tan favorables para el comercio y la industria, como aquel que se publica en periódicos ilustrados de reconocido crédito, puesto que á la gran circulación del número, ha de agregarse la permanencia por largo período de tiempo, ya que, por regla general, todos los lectores coleccionan por años esta clase de publicaciones.

LA LIDIA, reconociendo esto y contándose en el número de las Revistas que con más favor ha acogido el público, ofrece con grandes ventajas la publicación en sus columnas, bajo la siguiente:

TARIFA DE PRECIOS DE ANUNCIOS Y RECLAMOS

ANUNCIOS

La línea del cuerpo 7, de 40 milímetros de ancho (una columna), tipo y ancho de columna por que miden sus anuncios *El Liberal* y demás periódicos, 25 céntimos.

RECLAMOS

En la *Sección de Recortes*, intercalados con trabajos literarios, la línea del cuerpo 8, de 53 milímetros de ancho, 0,75 pesetas.

Los originales de los anuncios deben quedar en poder de la Administración ocho días antes de su publicación.

DESCUENTOS

Sobre los precios fijados, y siempre que las inserciones sean seguidas, hacemos los descuentos siguientes:

De 5 á 8 inserciones.....	5 por 100
De 9 á 13 "	10 " "
De 14 á 18 "	15 " "
De 19 en adelante	25 " "

Para los anuncios que ocupen una ó más páginas completas, precios convencionales.

Para los anuncios ilustrados, regirán los mismos precios, con el aumento del coste del trabajo artístico que de antemano establecerá esta Administración.

LA TIRADA DE «LA LIDIA» EXCEDE DE 15.000 EJEMPLARES POR NÚMERO

Administración: ARENAL, 27, Madrid.

LA LIDIA

Revista semanal ilustrada.

AÑO XIII.

MADRID 26 DE AGOSTO DE 1894.

NÚM. 23.



SIEMPRE EN CAMPAÑA (Acuarela de Mota.)

UNA BECERRADA NOTABLE

EL precioso dibujo de Daniel Perea que publica LA LIDIA en su número de hoy, representando con admirable exactitud una becerrada en posesión particular, nos ha traído á la memoria aquella época de nuestra juventud, en que la aristocracia de la sangre y el dinero celebraba frecuentemente esa clase de fiestas, en plazas construidas á propósito en quintas y huertas de los alrededores de Madrid, donde reinaba siempre alegría, fraternidad y contento.

¡Qué hermosos tiempos los del renacimiento del toreo, á mediados del presente siglo! ¡Qué entusiasmo en todas las clases sociales por las corridas de toros! Desconocíanse en absoluto el canto flamenco, muy diferente del clásico andaluz de buen tono, y el uso del negro amillico que, con grave daño, ha venido á reemplazar al aromático y transparente licor de Sanlúcar de Barrameda, sin que por eso faltasen esa animación, esa franqueza tan indispensables en tales giras de campo.

Las más notables diéronse por los años del 40 al 42 en la huerta de Fagoaga, más allá de la quinta de Goya, sobre el arroyo de los Meaques; presidiólas alguna vez la Duquesa de la Victoria, y casi siempre la del Montijo, con su preciosísima hija la Condesita de Teba, luego Emperatriz de los franceses (que más de una vez habrá recordado en su desgracia, con lágrimas en los ojos, aquellas fiestas incomparables). Rosell, Carriquiri, Cortazar, Conde y algunos otros excelencias, no se desdijeron, antes bien, gozaron en ello muy mucho, en echar un capote, en clavar una vara, ó un par de rehiletos, á becerros erales de reconocida mansedumbre.

Una docena de años más tarde, era en la posesión inmediata á la venta de la Tuérta, en el camino de Alcorcón, donde lucían su habilidad el Marqués de Villaseca y Rafael Huertos, como espadas, y el Marqués del Sobroso, Agustín Salvatierra, como picador. La reina de la fiesta, vestida á la jerezana elegantemente, la entonces Duquesa de Medinaceli, dirigía con su distinguida hermana el orden de la lidia, desde el callejón de la barrera, sin temor á sustos ni á percances que los becerros pudieran causarles, porque seguras estaban aquellas bellezas de que, con sólo mirarlos, podían vencer su bravura.

También en la carretera de Aragón, más allá de la tahona de San José, erigió la Sociedad *Lid taurómaca* una buena placita de toros, que muchas capitales de provincia para sí hubieran querido. Diéronse allí muy buenas funciones, que casi siempre presidió D. José Teresa García.

Pero nada tan en grande, ni mejor organizado, que la plaza del Jardínillo, construida por una Sociedad de aficionados, en 1850 — un año antes que la anterior — en una posesión que próximamente estaría situada cerca del centro de la que es hoy calle de Claudio Coello. Hemos hablado muchas veces de aquella incomparable reunión, y aunque sin repetirse, diríase de ella mucho y bueno, no lo consideramos del momento. Sin embargo, recordaremos un suceso en ella acaecido, en el primer año de su inauguración, que tiene relativa importancia por las personas que en él figuran.

Estábamos los socios convocados con ocho días de anticipación para asistir á una de las becerradas que mensualmente se verificaban, y claro es que en las tertulias de la Iberia Vieja y de los Dos Amigos, no se hablaba de otra cosa, y se hablaba con calor y se ensalzaba el mérito de los aficionados lidiadores, y de los regalos de moñas que distinguidas señoras habían ofrecido, y del esmero con que Lucas tenía cuidada la Plaza, en términos de que se decía que aquel redondel estaba más liso y nivelado que una mesa de billar; y se charlaba, en fin, hasta haciendo pronósticos acerca del tiempo. ¡Ah! y los viejos se acaloraban tanto como los jóvenes, llegando momentos en que ambas tertulias semejabán el interior de la Bolsa de contratación de París.

Llegó el día de la corrida. Se notó, como siempre, en Madrid, que había becerrada en el Jardínillo, porque los coches de lujo, los de colleras y los simones atropellaban las gentes que cruzaban la calle de Alcalá y las inmediatas, para conducir á la placita mujeres hermosas de lujoso porte y elegantísima distinción, y hombres de las mejores clases sociales, que en bullicioso desorden llegaban á las puertas de aquel bonito Circo, saludándose mutuamente con rostro alegre y satisfecho.

Principió la corrida con aplauso general, y los *diestros* se lucieron por su arte y por el valor de que ya tenían dadas tantas pruebas: al sonar el clarín para dar muerte al cuarto becerro, hermoso animal, utrero, colorado y bien puesto, una voz que pronto se extendió por todas las gradas, pidió que le matase Pepe Luis. ¡Que le mate! ¡Que le mate! Y sin hacerse mucho de rogar saltó á la arena un joven de buena sombra, de finas maneras y vestido con lujo y gusto á la sevillana. Rica chaquetilla de terciopelo, adornada con botonadura de oro, ajustado pantalón de color gris perla, ceñido con preciosa faja de seda de múltiples colores, y típico sombrero calañés, componían su traje llevado con irreprochable elegancia.

¿Quién es ese mocito tan fachendoso — preguntó Paco Acero á Manolito Cábria.

— Un zeñorito de la tierra baja, que zu padre tuvo ganadería, y dicen que él es un garrochizta muy bueno.

Tomó los *trastos* el mancebo con cierta desenvoltura: fuese á la Presidencia, ocupada por la Excm. Sra. Doña Carolina Báñez de Recur, con el Duque de Veragua y D. Carlos María Ponte; brindó con ademán de jaque, y con la muleta liada en la mano izquierda, llegó al becerro, la desplegó en su textuz y le dió algunos pases que precedieron á una media estocada alta, *recibiendo bastante bien, como era usual en aquellos tiempos*.

Desde aquel suceso, el aficionado andaluz fué conocido y estimado en todos los círculos taurinos, luego en los aristocráticos y después en los políticos. Ya habrán entendido los lectores de LA LIDIA que hacemos referencia á D. José Luis Alvareda, hombre público que tan altos cargos ha obtenido en la administración del Estado español.

Por todas partes se va á Roma.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA



LA BECERRADA (Acuarela de D. Perea.)

BOFILL

BOFILL



Uno más que se ha ido cuando menos lo pensábamos. Sufrió hace poco la fractura de una pierna, pero no ha muerto de esa fractura, sino de otra más grave: la del alma.

¡Pobre amigo mío! Era el receptor de todos mis desahogos, y éralo yo de todos los suyos.

Tenía Bofill otro amigo íntimo, que no ha figurado como tal entre los que presidieron el entierro, Roque Fernández Izaguirre, á quien está dedicada *Luisa Parquet*.

Hacia bastante tiempo que la situación moral de Bofill nos preocupaba. ¡Cuántas veces tratamos

de averiguar Izaguirre y yo las causas que le tenían sumido en una tristeza hondísima, que su carácter franco, alegre y expansivo, trataba en vano de disimular!

Cuando su hija *debutó* en el Teatro de la Zarzuela, estuve toda la noche á su lado; le ví servir de traspunte á Encarnación, y gozar lo indecible con su triunfo.

Todos nos disputamos el placer de halagar al bondadoso padre, tejiendo á la *debutante* una corona.

Jamás he visto á Bofill tan contento; nunca disfrutó, seguramente, satisfacción parecida á la que le proporcionó el éxito de aquel ser en quien había encerrado el cariño de toda la existencia.

Después... Después vino lo desconocido, lo que nos preocupó inmediatamente á Izaguirre y á mí: las sombras que comenzaron á invadir al desdichado, esas sombras que lo han asfixiado más que la congestión cerebral.

Le ví por última vez en los primeros días de Julio, estando yo en vísperas de marcha. Iba yo en coche por la calle de Fuenarral; tropecé casualmente con Bofill, subió al vehículo y dimos un paseo. Hacía bastante tiempo que no nos veíamos, por lo cual charlamos como dos urracas; pero le encontré sombrío, preocupado, alicaído.

— ¿Qué tienes? — le pregunté.

— Nada, nada, no tengo nada. Tomo las aguas oxigenadas en el Retiro, y me va muy bien.

— ¿Por qué tomas esas aguas?

— Por distraerme; *histoire* de darme un paseo — me dijo textualmente.

En épocas anteriores me había dado cuenta de sus apuros, relatándome minuciosamente los horrores de la lucha por la existencia, horrores desconocidos que los imbéciles estiman, tratándose de nosotros, alardes de vanidad, en ese oropel de la letra de molde que confunde á lo continente con lo contenido, al periódico, que es el rico, con el periodista, que es el pobre: un colmo de metonimia social.

Traté de inquirir las causas que produjeran en Bofill aquel estado de ánimo, y logré dar con ellas.

No he de revelarlas aquí. ¿Para qué? Estas historias vulgares del periodismo español no interesan á nadie; son gotas de agua que caen en el océano de la estupidez indígena, por lo cual *múltis*.

Cuando Bofill se fracturó la pierna, le escribí:

— Te ha llegado la mala. Paciencia, paciencia y paciencia. Te quedan dos recursos: el cristiano de que Dios aprieta pero no ahoga, y el pagano de... *el loro*. Cuenta conmigo incondicionalmente.

Entre Dios y el loro, el loro pudo más; los médicos atendieron á la pierna, que era curable, y dieron grandes esperanzas; pero la terapéutica del alma está fuera de la jurisdicción facultativa. Los doctores que podían haber atendido al alivio de esa alma, la habían abandonado hacia tiempo, y el mal avanzaba rápidamente. El accidente material no fué sino un pretexto que aceleró el accidente moral. Así ha muerto Bofill. ¡Que Dios le haya perdonado!

La prensa ha dedicado al pobre difunto frases sumamente cariñosas; á su entierro han acudido muchos literatos. *El Día* ha mandado á Bofill una corona; *La Epoca* ha depositado la suya sobre el féretro.

A propósito de *La Epoca*. En cuanto Rodrigo Soriano y yo tuvimos noticia de la muerte de Bofill, en la noche del 15, mandamos un telegrama á *La Epoca*.

«Suplicamos den pésame familia Bofill, y cuenten con nosotros para todo.»

Como el periódico, sin duda por descuido involuntario, no ha dicho palabra de esto, mientras ha dado cuenta, en sentidas

frases, del pésame enviado á la redacción por un colaborador distinguido, bueno es que sepan nuestros compañeros de profesión que, tanto Soriano como yo, nos apresuramos á cumplir con los deberes que nos imponían la amistad y el compañerismo. Y *glissez, mortels, n'appuyez pas*, que dijo Voltaire.

Necesitaria mucho mayor espacio del que dispongo ahora para dedicar á Bofill las líneas que su entidad literaria merece.

No quiero, por lo tanto, desflorar un asunto que me propongo tratar más tarde con la debida extensión. Quiero hablar únicamente del hombre.

Bofill, que profesaba generalmente en cuestiones de crítica teatral los principios de un epicureísmo refinado, era un hombre bueno como pocos, un compañero ideal.

Tenía, como todos, sus devociones y sus antipatías; pero si en aquéllas se mostraba siempre intratable, dábase fácilmente á partido, tratándose de las segundas.

Sus cariños eran profundos, sinceros; sus odios eran anodinos, no tenían consistencia. Dificulto que haya habido en España un crítico que, poseyendo la autoridad de Bofill, haya hecho menos daño con su pluma, ni dispensado mayores elogios á autores y actores.

Muchas ingratitudes brotaron en su camino; el despego y la mala educación de aquellos á quienes favorecía, hicieronle con frecuencia sentir sus rudos golpes, pero jamás lograron imprimir la menor huella en aquel corazón abierto á todas las bondades.

Sarcey era su gafa; y aunque las críticas de Bofill estaban calcadas en el mismo molde, tenían mucho de *chiche*; nótese en ellas el fondo de benevolencia exento de violencias de estilo que revelan el óptimo fondo del hombre.

Zola, hablando del famoso vejeteriano de *Le Tepms*, dijo que era *le gros bon sens* de la crítica francesa.

De Bofill, puede decirse que ha sido *le gros bon cœur* de la crítica española.

Yo he perdido en él más que un amigo, un consejero, á cuyas cariñosas indicaciones atendí siempre sin discusión.

Si no teníamos los mismos odios participábamos de los mismos entusiasmos, y vivimos durante seis años en una amistad fraternal, que me hizo apreciar lo que valía, y no enturbió nunca la más pequeña divergencia.

Los desplantes de mi temperamento hallaron más de una vez alivio en la naturaleza de Bofill, que predicaba la paz y propagaba como un apostol el evangelio de la fraternidad literaria.

Ya no escucharé aquella voz reposada y vibrante á la vez, cuyos acentos sonaban en nuestras discusiones como un ¡alto el fuego! que me obligaba á ceder; ya no regañaré al sempiterno trasnochador, á quien el amanecer sorprendía siempre con la pluma en la mano; ya no hablaremos de Rabelais y de Zola, nuestros ídolos; se acabó para mí la chismografía diaria, la revista pasada á los *plumitivos* del día grandes, chicos y medianos, novelistas, poetas, escritores, músicos y danzantes; desde Pereda, Galdós, Cavia y otros, hasta los más horrendos congrios de la actualidad.

¡Adiós nuestros espantables desahogos contra la política y su nauseabunda cohorte de medianías y nulidades que le ha hecho morir, y me llevará á mí al otro mundo sin saber lo que es la Junta central del Censo, y otras fantasmagorías *ejusdem furfuris!*

Bofill se ha llevado consigo todo eso y mucho más. Ha muerto cuando nos disponíamos los dos á dar un manifiesto al país, ¡retirándonos de la política!...

Cuando silbaron á Cánovas y apedrearon *La Epoca*, hicimos un *acto*: nos declaramos redactores políticos del periódico, y mandamos á D. Antonio sendas tarjetas.

Vino el partido al poder, y el *acto* y las tarjetas no nos dieron ningún resultado. A mí me reventó Isasa, y á él no le hicieron caso.

Sentimos el alma lacerada por aquella negra ingratitud, y devoramos silenciosamente nuestro despecho. Pero ahora estamos resueltos á dirigirnos á la nación y explicarle lo ocurrido, cuando la muerte viene á aniquilar nuestro propósito.

No importa. Yo quedo aquí, nuevo Hamlet, para vengar al difunto rey. Como el demente de Elseneur, alzo mi vengadora espada, y digo con música de A. Thomas: *Je me souviendrai!*

¡Pobre Bofill! Cuando todos le hayan olvidado, yo le recordaré, y ese recuerdo perdurable valdrá más que estas líneas, menguada corona que mi corazón deposita en la tumba del amigo y del compañero del alma.

SAN SEBASTIAN

EL VIZCAYA (*)

HAN venido á San Sebastián buques de guerra de todas clases. El *Destructor*, ligero como una pluma y cortante cual una navaja de afeitar; el *Ariete*, barco inverosímil, especie de cigarro puro, idea de un prestidigitador marino que se entretuviese en escamotear un barco bajo las aguas, sacarlo y esconderlo otra vez; el *Conde de Venadito*, el constante é inevitable *Conde* que nos visita todos los veranos, como un amigo cariñoso, y que pronto echará raíces en la Concha; el *Tojo*, zapatilla ó escarpín marino, juguete de quita y pon, que cuando no está en San Sebastián, se pasa el tiempo bajo el primer ojo del puente del Bidasoa, echando larguísimas siestas, tumbado al sol y enfrente del inverosímil *Tarllot*, cuyo comandante, Pierre Loti, el famoso escritor francés podría metérselo en el bolsillo, aun siendo Loti uno de los escritores franceses más pequeños, aun cuando sea uno de los Académicos más grandes de Francia. Hemos visto, en fin, al *Reina Regente*, al *Alfonso XII*, al formidable *Pelayo*, potente y recargado de hierro como un guerrero medio eval; al *Colón*, al aéreo *Nautilus*, el barco más ligero, más velero y más pájaro de cuantos han venido. Sólo nos falta algún barco marroquí, algún junco japonés ó un chinchorro maori, para conocer la historia de la marina que fué, que es y será. El *Vizcaya* ha venido á mostrarnos esta última. Apenas cuenta un año de vida; aun no ha soltado el biberon y los andadores; pero da gozo verlo, pues honra á la marina española, y es un modelo de arquitectura naval... Yo recuerdo aún aquella hermosísima ceremonia que acompañó en Bilbao á la botadura de los cruceros. Era un día magnífico del mes de Agosto: el cielo azul, como una gran turquesa, llenaba la plateada

ría de colores, de luces, de reflejos. Parecía como que una lluvia multicolor caía sobre nosotros. Los talleres atemorizaban con sus grandezas. Miles de obreros corrían de aquí para allá, como una masa enorme de animales uniformados; las chimeneas, los vapores, las sirenas, los trenes silbaban, pitaban estruendosamente. Era como un clamoreo inmenso á la industria española que nacía entonces. El primer buque, el que se iba á lanzar al agua, descansaba, sujeto por las amarras, junto á la ría. Adelantóse la *Reina*, cortó con unas tijeras de brillantes la cinta de seda que sujetaba al monstruo, y aquel ser deforme, grandote, repintado de rojo, que miraba como estúpidamente con sus dos ojos dorados, hechos en la proa, cayó en la ría, una vez cortado el cordón umbilical que le unía. Aquellas fiestas tuvieron un eco en España, y el éxito fué completo. Si luego surgieron disgustos en la Sociedad de Astilleros del *Nervión*, no podían éstos tener importancia. Porque las dudas y los tropiezos en tan colosales empresas, son algo así como los tanteos y obstáculos que preceden al descubrimiento de una gran mina. Ahí está el *Vizcaya* como prueba del poder de la industria nacional. Lo visito en estos momentos, acompañado de su amabilísimo y experto comandante el Sr. Matta, honra de la marina española, y veo sus hermosos cañones, su casco, sus máquinas, sus grandezas y sus inmensas torres, que pronto se llenarán con cañones gigantescos. El buque es soberbio, y no puedo menos de gritar:

— ¡Viva el *Vizcaya*!

RODRIGO SORIANO

A bordo del *Vizcaya*.

CANTARES

Son como estrellas fugaces
los pobres cantares míos;
cruzan de mi amor el cielo,
y mueren en el vacío.

Desde el día que el cariño
mataste en mi corazón,
llevo en él este letrero:
Cerrado por defunción.

Mira si despides lumbre
por esos ojazos negros,
que es verano, si los abres,
y si los cierras, invierno.

Un día que los querubes
quisieron ver *cosa buena*,
se asomaron por las nubes
para ver á mi morena.



Cuando á mi novia llevaban
camino del cementerio,
si ella en la caja iba muerta,
yo detrás me iba muriendo.

No te enceles, no te enceles
porque á dos niñas adoro;
que esas niñas que yo quiero,
son las niñas de tus ojos.

Desde que tú no me quieres
yo no sé lo que me pasa;
pero mis ojos se nublan
si cruzo frente á tu casa.

Mira, mira, mira, mira,
mira tú si era gallarda,
que cuando se fué á los cielos
hasta su espejo lloraba.

JOAQUIN ALCAIDE DE ZAFRA.

(*) La falta material de tiempo para la ejecución del fotograbado, nos impide publicar la fotografía del *Vizcaya*, que obra en nuestro poder, y que daremos en el próximo número.

LA GALLEGA

Huyamos de las ciudades
en que se funden y mezclan
tipos indeterminados
de encontradas procedencias.
El progreso, si es progreso
lo que cambia, lo que altera,
lo que borra y lo que anula
cuanto fué en pasadas épocas,
de tal suerte va mudando
cuanto á su paso se encuentra,
que iguala á Coruña y Cádiz,
con Madrid y con Valencia.
Pero aún, por buena fortuna,
hay la vida de la aldea,
y los tipos de los campos
que su carácter conservan.
Huyamos de la Coruña,
dejemos á Compostela,
y en los campos hallaremos
á la inmutable gallega.
De regular estatura,
más bien que delgada, gruesa,
con las proporciones todas
que reclama la belleza;
su cabellera castaña
baja á la cintura en trenzas,
y azules ó pardos ojos
dúlzura á su rostro prestan.
Breve el talle, recio el seno
y abultadas las caderas;
cara agraciada y redonda,
gruesa de brazos y piernas
(según lo que ver permite
la corta saya que ostenta),
si dejó la blanca cofia
que usara en pasadas épocas,
pañuelo de vivos tonos
suele usar á la cabeza.

Dengue ó esclavina grana,
rematado en franjas negras,
el alto pecho aprisiona
recatando sus bellezas;
mantelo también con franjas
de terciopelo ó de sedas;
que principia en la cintura
y al fin de la saya llega,
presta á su traje carácter
y la tradición conserva.
Tal vez cuando se consagra
á sus más rudas faenas,
ó va descalza ó reguardan
sus pies, zocos de madera;
pero cuando va á la villa
ó se celebra una fiesta,
calza zapatos de pana
sobre la calada media,
y collares y arracadas
adornan cuello y orejas.

Mas de trajes y costumbres
lo excepcional nunca es regla,
y á la mujer de Galicia
no hay que ver con sus preseas,
sino entregada al trabajo,
con la herrada en la cabeza,
yendo al campo como el hombre,
hilando en casa á la rueca,
cuidando de su familia
por lo regular extensa;
postrándose ante la Virgen,
ó, en romerías y fiestas,
cantando el *Alalá*... clásico
ó bailando la *Muñeira*,
con movimientos pausados
y fija la vista en tierra.

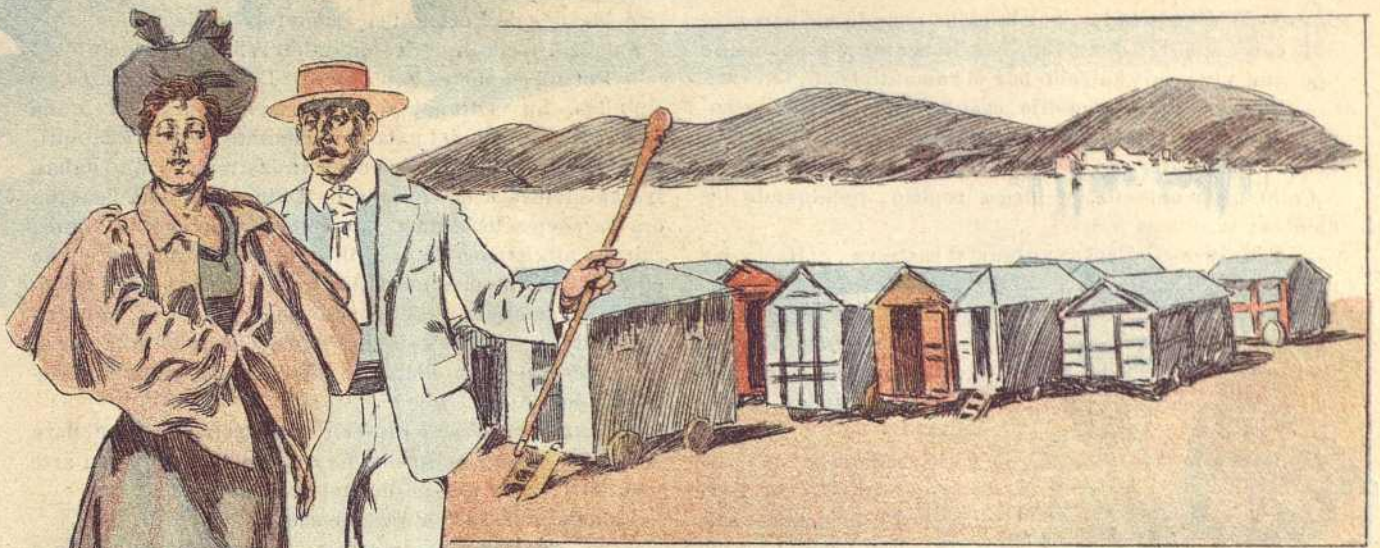


Tal es la mujer sencilla
que en las comarcas gallegas,
sostiene el hermoso tipo
que ilustraron sus abuelas,
y que, apegada al terruño,
suele observar con tristeza
la emigración de los hombres
que en abandono la dejan.
Y es feliz con sus recuerdos,
de esperanzas se alimenta,
y va por agua á la fuente
y da cultivo á la tierra,
y cuida á sus pequeñuelos
é hila en su casa á la rueca,
alimentando esperanzas
que vigorizan sus fuerzas.

Tal vez al pesar se rienden,
y acusan á quien les lleva
á los hijos de Galicia,
su cara patria pequeña,
y contra Castilla claman,
cual si Castilla no fuera
parte de la misma patria,
trozo de la misma tierra,
algo de ese «todo» angustio
que igual nombre representa,
que tiene la misma historia
y que cubre igual bandera...
Pero, merece disculpa
la pobre mujer gallega,
que es la soledad del alma
motivo asaz á sus quejas.

M. OSSORIO y BERNARD.

PLAYERAS



— No creo en esas pruebas de cariño.

— ¡Ah, créame usted! ¡Yo soy capaz, con usted, hasta de ir á pedir limosna!...



— Por más que revolvimos toda la caseta, no aparecieron mis pantalones.
— Pero, ¿usted está seguro de haber venido con pantalones?

La bella tabernera.

BA yo, días pasados, por la calle, cuando me encontré con mi amigo Juan Bautista Recental. Un poeta que aún vive galvanizado por el romanticismo.

— No me hables — me dijo, casi llorando. — Hoy he sufrido una desilusión enorme. Estoy muerto... El ideal se acaba. Todo es prosa.

Calló un momento; y luego repitió, rechinando los dientes:

— Todo prosa. Prosa vulgar y rastrera... ¡Hasta las mujeres!

Los ojos se le saltaban de las órbitas. Temblábanle los labios. Al andar tropezaba, como si de pronto se hubiera quedado sin vista. Estaba livido. Respiraba con dificultad. Sus nervios experimentaban una tensión grandísima. Dijérase que se había vuelto loco.

— ¡Calma! — le dije con cariño. — Puesto que se trata de una mujer, ¿quién es ella?

Mi amigo pareció serenarse un poco. Y

su semblante, fiel espejo en él de sus sentimientos, pasó rápidamente de la cólera á la mansedumbre. Creyérase entonces su rostro, un rostro en éxtasis.

— ¿Conoces á Delfina? — me preguntó con ansiedad.

— ¿Qué Delfina?

— Delfina Dulcecor.

— ¿La poetisa?

— Esa.

— He oído hablar de ella.

— Pero, ¿no la conoces?

— No.

— Si no la has visto, si no la has hablado, si no la has amado, jamás podrás comprenderme.

— Muchas gracias — le repuse, riendo. — Habla, no obstante, y ya veremos.

Andando, andando, hubimos de llegar á uno de los barrios viejos de la corte, donde al lado de una humilde casa de vecindad, suele alzarse un soberbio palacio solariego.

— Aquí vivía — dijo el poeta, deteniéndose ante un caserón destartelado. — Aquí la conocí y amé. Un piso cuartito, amueblado con modestia. En las paredes, estampas, cuadros de labores de colegio, viejos retratos de familia. Por las habitaciones, muebles deslustrados, baratos, sillas de enea, butacas de percal rameado, mesas de pino. Pero, ¡tan limpio todo! ¡Y un perfume! Estaba yo allí como en la gloria.

Á los ojos de Recental se asomaron dos lágrimas.

Suspiró, y continuó, como quien refiere un sueño:

— Por todas partes había flores. Delfina no podía pasar sin ellas. Su ventana, particularmente aquella ventana que caía al jardín del palacio inmediato; jardín á la antigua, con árboles que suben hasta las tejas, y que daban fresca sombra á la ventana de Delfina; aquella ventana era un poema de aromas, de colores y de cantos. Nunca faltaba allí música de pajarillos. ¡Cuántas noches me he embelesado yo en aquel sitio, juntos los dos, casi respirando yo su aliento, escuchando los ruseñores, contemplando la argentada y silenciosa marcha de la luna por el cielo, adorándola á ella, á la niña divina, como un cristiano adora á la Virgen!

Recental acababa de proferir una blasfemia. Pero, para los poetas y los amantes no hay más religión que su arte y su dama. Hay que perdonarlos.

Le dejé proseguir sin replicarle.

— Te compadezco — me dijo — porque no has oído á Delfina recitar sus versos. Sus poesías no remedaban ninguna escuela. Eran ella misma. Eran pedacitos de su corazón, girones de su alma, suspiros de su pecho, besos de su boca. Cuando de pie, veladas las pupilas de ternura, acompasando con su mano de nieve las cadencias rítmicas, cantaba, más que recitaba, aquellas íntimas confesiones de su espíritu, yo, fuera de mí, arrebatado á superiores regiones, postrábame de rodillas y besaba el borde de su vestido.

«Te idolatro», le decía desfalleciendo de placer. «Tuyo, seré tuyo toda la vida.» Ella me miraba con inefable dulzura, y me alzaba del suelo. Luego, movía la cabeza tristemente, murmurando: «Eres un loco. Ya te he dicho que no puedo ser de nadie. Mi amor no es de este mundo. He de permanecer siempre soltera.»

Aquí tornó el poeta á su anterior cólera.

— Y la ingrata — exclamó — cuando no han pasado de esto tres años, ¿sabes lo que ha hecho?

— Veamos.

— ¡Se ha casado!

— ¡Hola! Fíate de niñas ideales.

— Y no es eso lo peor.

— ¿Hay más?

— ¡Se ha casado... con un tabernero!

— No creo que un tabernero no sea tan hombre como otro cualquiera.

— Y no es eso lo más malo.

— ¿Qué me dices?

— Mi sílfide, mi hurí, mi musa, la del talle de junco... se ha puesto gorda.

— ¡Vaya una desgracia! ¿Cuándo las buenas carnes en una mujer fueron obstáculo?...

— Matan todo ideal.

— Pues ¿para qué quieres tú las mujeres?

— Para adorarlas.

— ¿Nada más?

— ¡Ah! No me preguntes... Gloria, fortuna, dicha,



amistad... Todo me ha fallado. El amor era mi ilusión última. La transformación de Delfina concluye conmigo... Voy á tirarme por el viaducto.

Quiso huir, pero le detuve «por si acaso». De los enamorados y de los poetas, puede esperarse cualquier atrocidad.

— ¿Y dónde está la perjura? — le dije.

— ¡En su taberna!

— ¿Quién te ha llevado allá?

— Su propio padre, D. Álvaro, antiguo capitán retirado. El hombre más rígido, más severo y más heroico que se ha conocido. Pero ya ves... él también... ¡Oh! Ya no hay caracteres.

— ¿Sabes lo que he pensado?

— ¿Ahorcarme? ¡Vamos! ¡Asesiname, por favor!

— He pensado que vayamos á verla.

— ¿A quién?

— A la bella tabernera.

Se desasí de mí de un tirón.

— ¡Imposible! — gritó. — Si tú deseas ir...

— ¡Si lo deseo!

Me dió las señas y salió escapado. No pude esta vez retenerle.

La taberna de Delfina se situaba en uno de los barrios nuevos.

Recién abierta, con el barniz fresco en puertas y escaparates, era la alegría de la calle; toda recta, con casas pintadas, con hileras de arbolillos en una acera y otra.

Había en la puerta un corro de hombres. El interior se sentía lleno de gente. Sonaban voces de canto y arpegios de guitarra. Salía de allí una atracción invencible.

Entré y quedé deslumbrado.

¡No ví jamás mujer más hermosa, ni más risueña, ni más adecuada á su puesto!

Tras del mostrador, con su cara que era un manojo de rosas sobre las que brillaran dos luceros negros, con sus brazos remangados hechos á torno, cubiertos de una piel á trechos abermellonada por el trajín, á trechos blanquísima como la leche; con su madeja de pelo, digo, de pluma de cuervo, enroscada en la redonda y erguida cabeza; con su seno arqueado como vientre de ánfora; con... con... ¿para qué describir lo indescriptible? Delfina iba y venía, zabullendo en el agua y fregoteando vasos, y dándolos llenos de vino.

Largo rato estuve mirándola embelesado.

A su lado, ayudándola, se veía á su esposo: un hombre sano, coloradote, amabilísimo.

Se le conocía que estaba orgulloso de su mujer. A cada momento se llamaban.

— Delfina.

— Vicente.

Y sonreían uno y otro sin decirse nada, satisfechos de aquella vida, burlándose tácitamente de todo lo que no fuera aquello.

Pedi unas copas, que fui bebiendo á sorbos, sin dejar de observar á Delfina.

Yo ya conocía la historia de aquella mujer. ¡Ni rastros!



Los libros habían sido radicalmente sustituidos en los anaqueles por las multiplicadas líneas de botellas, en cuyos lomos se leían cosas más sustanciosas que versos.

— Decididamente — me dije — Delfina no había nacido para poetisa, sino para tabernera... ¡Pobre Recental!... ¡Por qué no tomar las mujeres como son ó como ellas quieren ser!

Yo, de mí, sé decir que he vuelto á ver á Delfina muchos días.

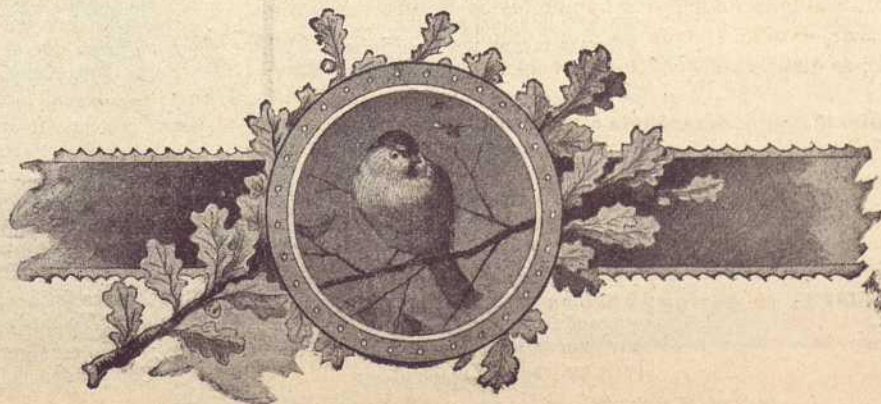
Y siempre, cuando abandono su taberna, aunque su vino no es para subirse á la cabeza, salgo borracho.

Borracho de su reguapisima persona.

Y compadeciendo á Recental, y envidiando á Vicente, exclamo en un hondísimo suspiro:

— ¡Quién fuera el tabernero!

JOSÉ DE SILES.



LAS GRADAS DE LA VICTORIA



I

Con un cañuto de lata
mal suspendido del cuello,
de una cinta con más nudos
que cordón de Recoleta;

sin asomos de camisa,
hechos trizas los gregüescos,
y unas tiras de gamuza
diciendo: aquí fué colete.

Con una pierna de palo,
un parche en el ojo izquierdo,
y de sucio cabestrillo
pendiente el brazo derecho,

de la Victoria en las gradas,
con avinagrado acento,
cierta mañana un soldado
limosna estaba pidiendo.

Y al mirar que aunque decía
con voz dolorida aquello
de «esta pierna perdí en Salsas,
en Maestrick este otro remo:

y tras sufrir en las Dunas
dos heridas en el pecho,
en Nordlinga me dejaron
de un arcabuzazo tuerto.»

ni una pieza segoviana
fuera á caer en su fieltro;
disfrazando de oraciones
tres por vida, y un reniego,

gruñó para sí: — Pardiobre,
que anda ya el oficio bueno;
hoy, por lo visto, no sacó
para un trago de lo añejo. —

II

Y ya de pie se ponía
de su suerte maldiciendo,
cuando al ver que un barbilindo
muy garifo y muy compuesto,

tan enguantado de manos
como rizo de cabellos,
mirando hacia todas partes
se encaminaba hacia el templo,

se volvió á su duro escaño,
desarrugó el hosco ceño,
y haciendo porque sus voces
llegaran hasta el mancebo,

se puso á gritar: — ¡Hermano,
librenos el Rey del Cielo,
de una tentación el alma,
de un aire corrupto el cuerpo! —

En cuanto á oídos del lindo
llegó tal canturía ó rezo,
cual flecha que el arco lanza
llegó al lisiado resuelto,

y revelando en su tono
ser ya conocidos viejos,
estas frases se cruzaron
rápidamente entre ellos:

— ¿No vino aún?

— Es muy pronto.

— ¿Pero vendrá?

— Así lo espero;

que nunca falta á la misa
de diez. Yo estoy en acecho.

¿Puedo en algo seros útil?

— Con prudencia y con misterio

es preciso que á sus manos
llegue este papel.

— Entiendo. —

Y como ambos á una dama
vieron venir desde lejos
precedida de una dueña
de tocas y manto luengo.

en tanto que entre el gentío
hurtaba el galán el cuerpo,
un papel y una moneda
ocultando en el chapeo,

con voz siempre quejumbrosa,
siguió el lisiado diciendo:
— ¡Tengan lástima á un soldado
mal herido y bien enfermo!

III

Desde un rincón de la lonja
que da á la Victoria ingreso,
dos ancianos venerables
de noble y marcial aspecto,

con la indignación pintada
en sus semblantes austeros,
con airada vista siguen
del pobre los movimientos.

Y al ver que, por fin, la dama
mucho caridad fingiendo,
cambió en manos del mendigo
por una moneda un pliego,

pálido el rostro de ira
exclamó al cabo uno de ellos:

— ¿Y ahora, de nuestros soldados,
seguís la defensa haciendo?

— Callad, por Cristo, don Lope —
exclamó su compañero: —
los bravos que en Francia y Flandes
dejan sus honrados huesos,

son en tan alta manera
dignos de nuestro respeto,
que los ofende y me ofende
quien los compara con esos.

— Es decir, que...

— Yo os respondo

que ese rufián embustero,
jamás escuchó en el campo
de un arcabuz el estruendo.

Decid más bien que esta corte,
en donde tienen asiento
el más cínico descoco
y el más bajo desconcierto,

es iglesia que sagrado
ofrece á los que, debiendo
estar en nuestras galeras
purgando imborrables yerros,

disfrazados de soldados
venden por gloriosos hechos;
reliquias que en las tabernas
y sin reñir adquirieron.

— Razón tenéis, buen amigo —
le contestó el otro viejo,
subir dejando á la boca
la indignación de su pecho.

Y en tanto, los veteranos
de nuestros gloriosos tercios,
sin cobrar una soldada,
faltos hasta de sustento,

al mirar tanta miseria,
de justa vergüenza llenos,
antes que manchar la espada
que cien veces esgrimieron,

vencidos hoy por el hambre,
ellos que invencibles fueron,
siembran campos y caminos
con sus insepultos cuerpos.

Y aquí, el viejo decorando
su discurso con dos ternos,
concluyó poniendo punto
á todo razonamiento:

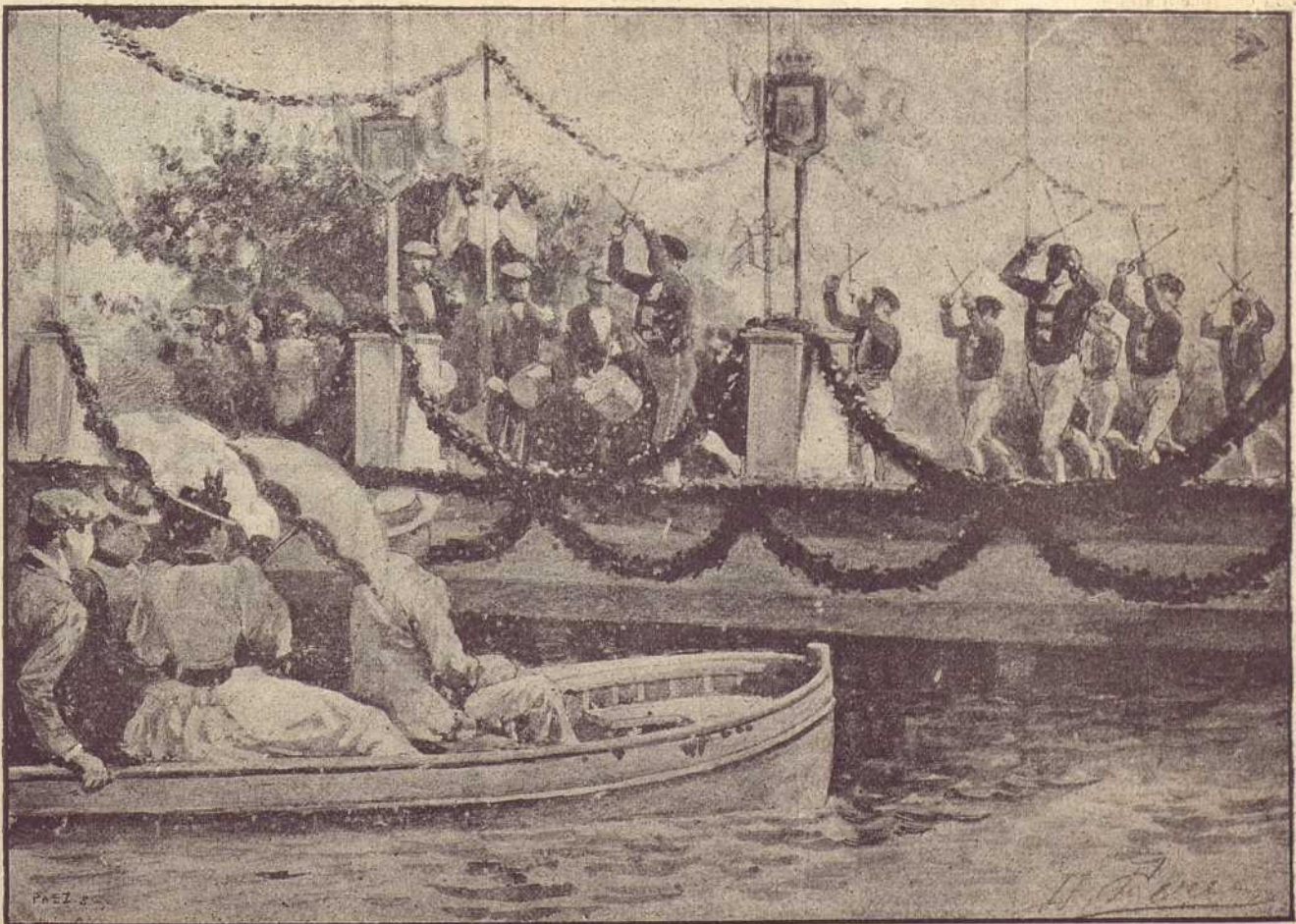
— Mas ¿qué ha de pasar, por Cristo,
en un país en que vemos
que no hay para gobernarnos
más que malvados ó necios?

Y ambos interlocutores,
con hosco y airado gesto,
á oír la misa se entraron
en el interior del templo,

mientras gritaba el mendigo,
con estudiados lamentos:

— ¡Hagan limosna á un soldado
que encaneció al rey sirviendo!

ANGEL R. CHAVES.



SAN SEBASTIÁN: LA FIESTA DEL «AURRESCO».

Recortes



Creemos que no conocen sus verdaderos intereses las empresas de teatros, con el procedimiento que han planteado de imponer á viva fuerza obras y autores.

Estrénase una zarzuela que el público recibe con grandes protestas, y en vez de retirarla, como antiguamente se hacía, la empresa fija grandes carteles por Madrid, diciendo: *¡Éxito extraordinario!*; y añadiendo: la obra tal... *todas las noches*; ó lo que es lo mismo: «Nada me importa tu desaprobación ni la de la crítica, y habrás de tragar lo que rechazas, no hoy, no los tres días de cortesía, sino *todas las noches*».

Hay, por ejemplo, una hermosa gimnasta por ambas circunstancias aplaudida; pues bien, la empresa la obliga á que cante, aunque lo haga como un grillo; el público protesta y silba; pero la artista vuelve á cantar y se la lleva á su domicilio entre entusiastas espectadores, de á dos reales cada uno, y con hachones de viento.

Estrénase un baile en otro coliseo, y el público lo conceptúa inaceptable, latoso y soporífero: durante tres noches, se silba por unos y se aplaude por otros, y, por último, el heroico cuerpo de alabarderos se lanza sobre los que protestan, y les aporrea.

¿No creen las empresas que esto puede motivar un retraimiento de los espectadores, para nadie tan perjudicial como para ellas?

Nuestros lectores recordarán que Peña, un peluquero de Madrid, afeitó media cara al domador de leones, Sioni, dentro de la jaula.

Otro barbero francés ha afeitado á otro domador las dos mejillas; le ha

deseñado tranquilamente, y ha hecho constar desde la jaula su triunfo sobre el barbero de Madrid.

Ahora se habla de que otro barbero madrileño trata de seguir al domador por donde vaya, para afeitarse... á los leones y cortarles las melenas.

— Doctor, vaya usted á casa en cuanto pueda: mi señorito tiene un cólico terrible.

— Me lo explico perfectamente, porque á primera hora de la noche le he visto entrar en los Jardines del Retiro. Habrá visto *El Cuerpo de la Capitana* y el baile *La Mesinesa*, acaso después de cenar... El caso se explica perfectamente.

En la playa:

— Repare usted... repare usted allá á lo lejos... Me parece que aquello es una ballena.

— Hombre, no.

— Sí, señor; todos los días se dan ejemplos de que semejantes cetáceos, perseguidos ó enfermos, llegan á nuestros mares.

— Tranquílcese usted... Lo que tanto le preocupa no es una ballena... Es mi suegra que se está bañando y hace una plancha.

A su caballo nombró
Consul, Caligula fiero,
y el cuadrúpedo altanero
ya la paja rechazó.
Dorada se le llevó
y la comió sin desdén.
Echan al pueblo también
paja escritores distintos;
pero adulan sus instintos,
la doran y pasa bien.

J. E. HARTZENBUSCH.

Que corazón yo no tengo
me dices á todas horas.
¡Y eres tú quien me lo dice,
siendo tú quien me lo roba!

Los dos corriendo, corriendo,
hemos de morir así:
tú, loca, detrás del mundo;
yo, loco, detrás de ti.

R. MOLY DE BAÑOS.

No busques mujer hermosa,
porque es cosa peligrosa
ser, en cárcel mal segura,
alcaide de una hermosura
donde es la afrenta forzosa.

TIRSO DE MOLINA.

Piensa bien, y prefiere la tristeza de un desengaño al sonrojo de un mal juicio.

Dice Winkelmann, que en las buenas repúblicas, los ciudadanos viven en chozas y los dioses en templos magníficos, y no hay peor señal que cuando los templos yacen abandonados, y los individuos habitan palacios.

FERNÁN CABALLERO.

Días aciagos y horas menguadas son todos aquellos y aquellas en que topan: el delincuente al alguacil, el deudor al acreedor, el tahir al fullero, el príncipe al adulador y el mozo rico á la ramera astuta.

* *

Tres cosas, las mejores del mundo, aborrecen sumamente tres géneros de gentes: la salud, los médicos; la paz, los soldados, y la verdad, algunos escribanos y letrados.

QUEVEDO.

Preguntas ¿qué es amor? Es un deseo en parte terrenal y en parte santo: lo que no sé expresar cuando te canto; lo que yo sé sentir cuando te veo.

* *

Según creen los amantes,
las flores valen más que los diamantes;
mas ven que al extinguirse los amores,
valen más los diamantes que las flores.

* *

Todo en amor es triste,
mas, triste y todo, es lo mejor que existe.

* *

No hay una luz más bella, que la nube
del humo del hogar que al cielo sube.

CAMPOAMOR.

Ejerce la hospitalidad, aun con tu propio enemigo: los árboles no niegan su sombra á nadie, ni aun al despiadado leñador que va á derribarle.

Si no quieres que lo sepan, no lo hagas.

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.

¡¡ MARAVILLOSO DESCUBRIMIENTO !!

!!! Curiosa Revelación !!!

Único remedio inofensivo y muy eficaz, de bases vegetales que cura la impotencia y el debilitamiento viril, devuelve el vigor y aumenta la fuerza en todas las personas de uno y otro sexo, debilitadas por la edad ó los excesos. ¡Señoras y cabelleros! pedid el método y consejos confidenciales en letra franca de porte. Se hace el envío á cambio de 60 céntimos. Discreción. Pónganse las señas de E. PAUL, EN SAINT OUEN, SUR SEINE. FRANCIA.

DROGUERÍA Y PERFUMERÍA CHINA

PLAZA DEL ANGEL, 17

Completo surtido en perfumes y objetos de tocador, recomendado por sus excelentes resultados higiénicos, el agua de Colonia, polvos de arroz y veloutina, productos especiales de esta casa.

AGUA DE COLONIA IMPERIAL

PRODUCTO ESPECIAL DE LA PERFUMERÍA INGLESA

S. ROMERO VICENTE

CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 3, MADRID

Frascos de 1,50, 2, 3, 5, 10 y 20 pesetas.—Medio litro, 4 pesetas.

NOTA. Para que todo el mundo pueda apreciar las buenas condiciones higiénicas de este producto y las compare con otras, se venderá hasta en cantidades de cincuenta céntimos.

ÚNICA CASA EN MADRID QUE EXPENDE

VINOS PUROS DE JEREZ

AL POR MAYOR Y MENOR

BODEGA CASTELLÓN

LOS JEREZANOS

4-CAMPOMANES-4

LA URBANA

COMPAÑÍA ANÓNIMA DE SEGUROS

Á PRIMA FIJA

CONTRA EL INCENDIO

EL RAYO Y LAS EXPLOSIONES DEL GAS Y DE LOS APARATOS DE VAPOR

FUNDADA EN 1838

ESTABLECIDA EN ESPAÑA DESDE 1848

Domicilio social

CALLE LE PELETIER, 8 Y 10.—PARÍS

Representación general en España

PUERTA DEL SOL, 10 Y PRECIADOS, 1
MADRID

LAS GLORIAS DEL TOREO

POR

DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

Cuadros biográficos, lances y desgracias de los diestros más célebres, desde Francisco Romero hasta nuestros modernos lidiadores, y costumbres de los pueblos aficionados á esta clase de espectáculo.

De venta en casa de los editores Saenz de Jubera, Hermanos, calle de Campomanes, 10, Madrid, al precio de 5 pesetas, encuadernado en rústica.

ESTABLECIMIENTO TIPO-LITOGRAFICO

DE

JULIÁN PALACIOS

27-Calle del Arenal, 27.-Madrid

Talleres montados con todos los últimos adelantos de estas industrias, y especialmente dispuestos para la ejecución de trabajos artísticos y comerciales.

LA PALMA ESPAÑOLA

FÁBRICA DE GORRAS DE

TOMÁS CRESPO

ARANGO, 6. Sucursal: PLAZA MAYOR, 30

CHOCOLATES SUPERIORES

EXQUISITOS CAFÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

COMPañÍA COLONIAL

CALLE MAYOR, 18.—Sucursal: MONTERA, 8.—MADRID

CH. LORILLEUX Y C.[^]

MADRID, Olid, 8.—BARCELONA, Casanova, 28 y
PARÍS, rue Suger, 16.

TINTAS PARA IMPRENTA Y LITOGRAFÍA

NEGRAS Y DE COLORES

TANTO PARA ILUSTRACIONES COMO PARA OBRAS, PERIÓDICOS
Y CARTELES

Artículos en general para Litografía y especialidad para encuadernaciones. Pastas para rodillos, barnices de todas clases, colores en grano, etc., etc., y todo cuanto pueda convenir, tanto para Tipografía como para Litografía.

FÁBRICA EN BADALONA

ADMINISTRACIÓN Y DEPÓSITO:

CALLE DE CASANOVA, NÚM. 28.—BARCELONA

FÁBRICA EN LISBOA

Agente para Portugal, CARLOS CORREA DA SILVA.

Administración y Depósito: Serpa Pinto, 24-26.

¡La más alta recompensa concedida en la Exposición Universal de Chicago!

LA COMPañÍA FABRIL «SINGER»

HA OBTENIDO 54 PRIMEROS PREMIOS

Siendo el número mayor de premios alcanzados entre todos los expositores,
Y MÁS DEL DOBLE

DE LOS OBTENIDOS POR TODOS LOS DEMÁS FABRICANTES DE MÁQUINAS PARA COSER, REUNIDOS.

CATÁLOGOS ILUSTRADOS

SUCURSAL EN MADRID

CATÁLOGOS ILUSTRADOS

GRATIS

23-CALLE DE CARRETAS-25

GRATIS

ACADEMIA CÍVICO-MILITAR

PREPARATORIA

PARA INGRESO EN TODAS LAS MILITARES

PLAZA DE SAN MIGUEL, 8.-MADRID

En la última convocatoria ganaron sus alumnos 25 plazas entre todas las Academias, consiguiendo en la de Infantería mayor número que ninguna otra preparatoria.

FÁBRICA ESPECIAL DE CORONAS

PARA CORPORACIONES Y PARTICULARES

GUALTERIO KUHN

Cruz, 42, Madrid.
Exposición en 7 salones

Esta Exposición del decorado de flores artificiales expuesta en siete salones, compone hoy una de las curiosidades de Madrid, digna de ser visitada.

Esta casa ha sido distinguida con el nombramiento de Proveedor de las Reales Casas de España y de la de Portugal; de las Academias Militares de Toledo y de la de Administración Militar de Avila; del regimiento de Caballería Alfonso XII, de Ayuntamientos y Sociedades.

COMPañÍA, FOTÓGRAFO

Premiado en las Exposiciones de París de 1889 y Bruselas de 1890, con Medalla de oro.

MADRID—1, VISITACIÓN, 1—MADRID